



«HISTORICISMO», UN CONCEPTO AMBIGUO

Ramon ALCOBERRO

El ambiguo significado de un concepto historiográfico

«Historicismo» (en alemán «*Historismus*») es un concepto ambiguo, que admite multitud de significados y que hoy es más conocido por la relectura del concepto que en el clásico «*La miseria del historicismo*» hizo Karl Popper (él mismo hijo de un historiador) que por su significado original, aparecido en el s. 19. En resumen, puede considerarse que «historicismo» significa:

- 1.- Un momento fundador de la historiografía (en el siglo 19 alemán) que se caracterizó por reivindicar el documento histórico fiable (la fuente) por encima de la aceptación acrítica de la tradición.
- 2.- Una concepción general del mundo que sitúa la historia (y el supuesto destino histórico) en el centro de la vida política. El historicismo es una actitud, más que una escuela, caracterizado por privilegiar el punto de vista histórico sobre cualquier otro (moral, estético, etc.) cuando se trata de dar cuenta del presente.

Ambos significados, sin embargo, siempre han ido a la par y el uno ha reforzado al otro. Ya la «*Fenomenología del Espíritu*» de Hegel los vinculaba implícitamente al proponer una filosofía de la historia centrada en la odisea del Espíritu. Pese a pretender una clara distinción entre «*res fictae*» (ficción poética) y «*res factae*» (discurso sobre la verdad), el historicismo no ha estado a la altura de sus promesas.

En el siglo 19 alemán, «historicismo» fue un sinónimo de «positivismo». Ranke consideraba al hegelianismo como un «panlogismo», y negaba el valor de la historia especulativa (—y el del derecho natural, cosa que todavía provocaba las iras de un Leo Strauss en *Derecho natural e historia* (1953), pero el historicismo positivista que proponía «dejar hablar a los hechos» (Ranke) era una propuesta ingenua que no triunfó, tal vez porque establecer qué es un 'hecho' resulta una

tarea más ardua de lo que parece y porque confundir los hechos con los documentos lleva a un camino sin salida. Así el historicismo (manipulado por lecturas de Herder, Fichte y Hegel), acabó convirtiéndose en una poética y en una especie de «reina de las ciencias morales» (Droysen) cuyo pasatiempo básico era ejercer de tribunal de la razón.

En general, el historicismo ha tendido a constituir una especie de historia irreflexiva a fuer de pretender mostrarse a priori y absolutamente razonable. La polémica entre el economista Carl Menger y Gustav von Schmoller y el libro de Menger *Los errores del historicismo* (1884) convirtió la palabra «historicismo» en sinónimo de 'historia historizante', areflexiva, poco clara en el uso de los conceptos y tendente a una presentación no problemática de los hechos.

El historicismo significa una presentación unilateral de los hechos históricos donde lo que sucedió deja de tener importancia o de hacerse problemático para encajar en una versión de los hechos supuestamente tocada por algún Espíritu Absoluto (preferentemente conservador).

En el segundo significado (en tanto que concepción del mundo), el historicismo ha ofrecido dos posibilidades:

1.- Una salida especulativa a la situación en que una comunidad se pregunta por su propia consistencia y por su tradición cultural. Situar como eje de una cultura alemana a Goethe o a Wagner, por ejemplo, significa optar por un modelo de sociedad o por otro, radicalmente distinto en sus implícitos. Y algo parecido significa optar por poner el origen de la cultura catalana moderna en Torras i Bages o en Valentí Almirall. Optar uno solo de entre ambos, y no digamos ya la supresión del otro, implica una opción que es claramente conservadora, políticamente hablando.

2.- Una salida salvífica a la situación en que una comunidad necesita buscar en sus orígenes, de manera que sólo es significativo cuanto es 'progresivo' y se sitúa en la genealogía del propio proyecto transformador. Es, políticamente hablando, la opción revolucionaria y la lectura que ha hecho el marxismo (incluyendo en él a W. Benjamin) de la filosofía de la historia en tanto que redención.

Retrospectivamente, el problema del historicismo ha sido doble: de una parte, su tendencia a reivindicar siempre la 'identidad' hasta convertirla en entelequia. Por la otra el historicismo se ha desgastado en una guerra contra el relativismo que tenía perdida de antemano.

El intelectual croata-francés Predrag Matvejevic (desgraciadamente poco leído, y autor de una serie de libros interesantes pero de valor desigual sobre el Mediterráneo y sobre la cultura eslava) diferenciaba en el debate sobre la identidad una «*identidad del ser*», mítica, centrada en el pasado y carente de cualquier verificación crítica, y una «*identidad del hacer*», política y basada en proyectos sociales. Y constataba que muchas veces el 'hacer' político se halla bloqueado por una teoría mítica del ser. Esa constatación es válida para la Europa balcánica de los años 1990 y para cualquier análisis sobre el historicismo. Cuando el historicismo deja de ser un método de crítica y se convierte en ontología (algo que ya ha sucedido, tanto en el marxismo como en la extrema derecha) su bancarrota es inevitable.

Por lo demás, el historicismo no podía triunfar en su pugna con el relativismo cultural porque su mismo criterio de establecimiento de lo que sea un 'hecho'

histórico tiene mucho de relativo. Si lo que se pretende —conscientemente o no— es mostrar la superioridad de una cultura sobre otra (y si se quiere evitar el cinismo), el argumento del universalismo antirelativista no puede ser histórico (más bien la historia muestra que la brutalidad está muy bien repartida entre todas las culturas), sino (en todo caso) moral. Y no debiera situarse en el ámbito de las realidades sino en el de los deseos.

© de la ilustración que encabeza este texto: Richard Baker.